



## DOS EPISODIOS DEL SITIO DE CUAU- TLA.

### I

#### EL CORONEL SAGARRA

Serían las cinco de la mañana. Escasa luz hacía percibir como en la bruma la torre de San Diego y las más elevadas de Santo Domingo y Santa Bárbara, desprendiéndose de un ramillete de verdes palmas.

La población despertaba insensiblemente. Vagas inquietudes y la ansiedad de hallarse el enemigo al frente, llevaban grupos de curiosos á las alturas de los edificios y aún á las copas de los árboles.

El General Morelos apareció en la plazuela de San Diego, á caballo y seguido de su estado mayor. Apeóse en la puerta del atrio y penetró al convento. El Coronel don Hermenegildo Galeana salió á recibirle, abrazándole cordialmente. Morelos le dijo:

—Parece que hoy tendremos función de armas. Es preciso observar con atención al enemigo.

—Sí, mi General: yo también lo creo: subamos á la bóveda de la iglesia.

Ambos ascendieron, provisto el General de su antejo de larga-vista. (\*)

(\*) Este instrumento utilísimo en aquellas circunstancias, había sido quitado al enemigo en un combate. (Cuadro histórico por don C. M. Bustamante.)

Era indudable que el enemigo proyectaba algún ataque. Gran movimiento podía observarse en su campo. Intensa ya la luz de la mañana, veían desplegarse imponente una ala dilatadísima de soldados. Morelos dijo á Galeana:

—Observe usted... se disponen para organizar en el Calvario las columnas de ataque.

Galeana tomó el antecjo para observar con atención. Despues de cortos momentos, hízole notar:

—Ya avanzan!..... traen, además, algunas baterías.

—Bien,—contestó Morelos,—cuyos ojos vivos siempre, se animaron más. Dirigiéndose de nuevo á Galeana, le dijo:

—Confío en usted el mando de este fuerte, que es el punto más importante y donde debe principiarse el asalto. Tome inmediatamente sus disposiciones mientras recorro las otras líneas.

Ambos descendieron velozmente. Al despedirse Morelos, agregó:

—“No hay que olvidar nuestra escasez de parque:” que no se desperdicie un sólo cartucho. Deje usted avanzar al enemigo, y dé órdenes estrictas para que nuestros soldados no respondan á sus fuegos sino en el momento que puedan hacer ciertos sus disparos.

—Así se hará,—contestó Galeana.

Morelos montó de nuevo su caballo y á paso largo se alejó rumbo al centro de la población. Iba á visitar los otros fuertes.

Repitió á sus jefes Matamoros y Bravo las mismas órdenes, volviendo á Santo Domingo donde se hallaba la proveeduría para vigilar personalmente la delicada operación del reparto del parque.

Entretanto, Galeana, con increíble actividad, cubrió los puestos, renovando ó modificando las guardias de la noche. Condujo á Torres con su compañía á la trinchera del Norte que cerraba la calle real en dirección al Calvario. A su sobrino, don Pablo Galeana, casi niño aún, le colocó en la trinchera de Oriente y Norte.

El Capitán Larios con un piquete y una pieza de artillería, quedó situado en la ca-

llejuela Sur de la misma plaza. Boyás, jefe de la maestranza y el Coronel Salas, en el costado Sur de San Diego con otra pieza de artillería.

La torre y principales alturas de la iglesia, se cubrieron igualmente. Una gruesa partida de indios honderos tras de la tapia Oriente de San Diego, resguardados por ella, y auxiliados por algunos soldados al mando de José de la Cruz, debían esperar el momento preciso para lanzar sus silenciosos y atrevidos proyectiles.

Gran número de mujeres del pueblo llenaban el atrio de la iglesia.

Galeana dió orden de mantener abiertas las puertas del templo para que se refugiasen en ese punto las familias que no tuvieran otro asilo. Discurrían entre la multitud una jóven llamada Marta y otra á quien le decían la Cardoso. Era ésta una hermosa mujer; (\*) ausente por entonces de su marido que fabricaba pólvora para los independientes en otras poblaciones; ella había seguido al General Morelos y su ejército, siempre retozona y contenta, luciendo sus gracias y aún su fuerza física: de cuerpo esbelto, talla elevada, la Cardoso traía descompuestos de cascacos á más de cuatro oficiales.

Minutos antes de las siete y á paso veloz, destacáronse del Calvario dos gruesas columnas. Los vigías de la torre dieron el aviso. Galeana asestó el antecjo, y aun le fué dable apreciar cómo reforzaban á la columna del centro otras dos más, desprendidas á derecha é izquierda, ocultándose en su marcha tras de los arbolados de las huertas laterales. La artillería marchaba diagonalmente al fuerte, en los campos de Guadalupe. En aquellos momentos supremos, Galeana descendió á la trinchera principal, tomando su carabina.

A cada oficial que hallaba al paso, á cada uno de sus valientes negros del Sur, les dirigía alguna palabra de animación y

(\*) Cuadro Histórico por D. C. M. Bustamante.

cariño. En todos los semblantes brillaba el entusiasmo á la vez que el más estudiado silencio. Ni un disparo, ni un grito: á los ojos del enemigo, bastante cercano ya, aquel fuerte se creería desierto.

A cien varas de la trinchera Norte, el enemigo hizo alto, y una ruidosa descarga de fusilería anunció á los guerreros de Cuautla que se había roto el fuego por los asaltantes.

Continuó el silencio en la línea de los independientes. Los realistas avanzaron aún más, volando el polvo de la trinchera con las incontables balas que la herían. Abrieron su línea al N. E. dejando paso á la artillería. Pusiéronse las piezas en batería de frente á la esquina de San Diego. (\*) Armada allí la batería y dirigiendo sus fuegos el arrogante Coronel "Sagarra," las fortificaciones sufrían con semejantes proyectiles llegando á ellas segundo tras de segundo.

—¡Fuego!—exclamó Galeana,—y en un momento aquella muda trinchera vomitó el exterminio y la muerte!.... El frente de la columna cejó levemente: algunos muertos y varios heridos, estorbaban el paso á sus compañeros. El fuego siguió sin intermisión: cada tiro de los independientes, era contestado por diez de los realistas; pero con algún lamento de rabia ó dolor lanzado por los heridos.

La batería del campo de Guadalupe perjudicaba extraordinariamente á los valientes soldados de Galeana, abriendo brecha en su trinchera é impidiendo la repetición de los

(\*) En la célebre y justamente afamada obra "México á través de los Siglos," se asienta que las baterías españolas fueron colocadas en la plazuela de San Diego. No aceptamos semejante versión, porque sería tanto como admitir que se les había dejado entrar al interior mismo de San Diego. La plazuela de ese nombre era el "centro del recinto fortificado." Pugna esa idea con el estudio del lugar ó teatro de los acontecimientos.

disparos en sus defensores. Indiferente á la lluvia de balas enemigas, Galeana ascendió á lo alto del parapeto, desoyendo á sus soldados y aun á Torres que le instaban bajase. Cuando el humo de la pólvora se lo permitía y ograbá divisar á uno de los artilleros, haciendo puntería, le dejaba fuera de combate. Logró con su arrojo sofocar la repetición del fuego de la batería. El coronel español de artilleros Sagarra, avanzó como Galeana á "pecho descubierto" y con pistola en mano. Acercándose á don Hermenegildo, que había descendido fuera del parapeto, le dijo:

—Ah, pícaro! á tí te buscaba. (1)

Tronó la pistola á quema-ropa y Galeana quedó en pie, ileso. Sagarra pretendió retroceder algunos pasos: Galeana tendió su carabina, disparó, y el arrogante coronel, clareado del pecho, cayó al suelo, mudo ya, arrojando sangre por la boca.

Galeana le tomó de un pie, y violentamente le llevó arrastrando tras del parapeto.

Atónito el enemigo, asombrado ante prueba semejante de valor, suspendió sus fuegos. El coronel independiente despojó á Sagarra de sus armas. Otro oficial le tomó las charreteras. (2) Galeana notó que aún vivía, é inclinándose al oído de un soldado, le dijo:

—En la iglesia está el presbítero Díaz, llámale y que auxilie á este jefe. (3)

Corrió el soldado, y pocos momentos después, don Joaquín Díaz, inclinado sobre Sagarra, le daba su bendición y el perdón del cielo, recibiendo su último aliento.

Al estupor y sorpresa causada en el ene-

(1) Versión de don Carlos M. Bustamante.

(2) Tradición de Cuautla.

(3) Referido por el Historiador tantas veces citado y muy de acuerdo con el carácter de Galeana, que era león en el combate: dulce y tierno en sociedad. Afable en extremo, hacíase querer de cuantos le trataban.

migo por el arroyo de Galeana, sucedió el furor del despecho, y como leones se abalanzaron á la trinchera. ¡Imposible asaltarla! Los primeros que llegaban, perdían la vida por su temeridad. Aquel campo estaba sembrado de cadáveres!.....

## II

## EL NIÑO NARCISO MENDOZA

Entretanto la columna española, que oculta había marchado á la derecha, alcanzó la tapia del convento, del lado Poniente. Rompiéronla penetrando á la huerta, (\*) á la sazón que los indios pedreros descargaban con furia sus proyectiles, sobre los asaltantes de la calle principal.

En esos mismos momentos producíase en el atrio de San Diego un desorden espantoso. Una granada, venida de la batería de Guadalupe, estalló entre el grupo de mujeres, sin darles tiempo á tenderse en el suelo, cayendo unas heridas; muertas otras.

Narciso atravesó el pequeño atrio, y avanzando entre la lluvia de balas, alcanzó á don Luis en la trinchera, diciéndole:

—Una granada acaba de matar á la Cardoso y á mi hermana.

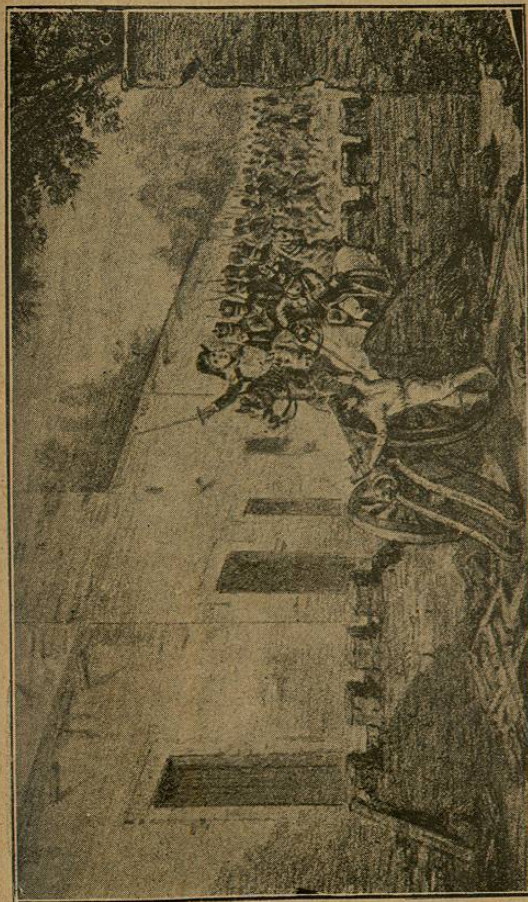
Algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. Don Luis le habló al oído brevemente: el muchacho regresó al atrio seguido de un soldado.

En la huerta el tiroteo era espantoso. Los asaltantes avanzaban con denuedo y sin gran resistencia. José de la Cruz, gritando con toda su fuerza:

—Adelante, mis soldados: contra ellos, — se abalanzaba frente á los españoles.

Un soldado dió rápido el aviso á Galeana, y éste, por lo pronto, despachó á don Pablo, su sobrino, para que auxiliase á José de la Cruz.

(\*) Tradición de Cuautla, que explica perfectamente el abandono de la trinchera de la plazuela al Norte y Oriente encomendada al sobrino de don Hermenegildo.



El Niño Artillero.

Don Pablo arrastró consigo á su gente, quedando por entonces desierta la trinchera de Oriente en la plazuela de San Diego.

Narciso volvió al lado de don Luis que pugnaba por contener á los asaltantes luchando cuerpo á cuerpo.

En el primer momento que pudo, dijo á don Luis:

—Herida está Marta; pero de un hombro no más, ya la llevé á su cuarto.

—Retírate, muchacho,—contestó don Luis con violencia.

Narciso, ocultándose tras de las casuchas del costado Norte de la plazuela, se dirigió á la trinchera de Oriente "absolutamente desierta." Hallábase á algunos pasos de distancia de ella, cuando vió desembocar por la bocacalle y venir de frente al parapeto una gruesa columna de dragones con un coronel á la cabeza. El niño, sin darse cuenta, alzó el bota fuego, que ardiendo se hallaba en el suelo. Abalanzóse un dragón: alzó su sable que dejó caer sobre el cuerpo del niño. (1) En ese instante precioso, disparó la pieza, casualmente cargada con metralla, envolviendo á toda la columna.

El elegante coronel, conde de Casa Rul, cayó de los primeros, soltando las bridas de su brioso caballo, herido también. (2) El desorden y el terror más profundos se apoderaron de los dragones, que llevando consigo á su coronel, retrocedieron espantados.

¡Narciso había salvado á Cuautla del asalto!..... Ni aún sabía darse cuenta de ello. Una mancha de sangre en su brazo derecho, indicaba el punto en que le alcan-

(1) La Historia cita el hecho heroico de Narciso Mendoza, sin mencionar que hubiese sido herido. Entre las tradiciones que se cuentan en Cuautla, recuérdase que el niño quedó lastimado del hombro derecho por uno de los dragones que pretendió impedirle disparar la pieza.

(2) La calle donde ocurrió semejante suceso, recibió el nombre que conserva hasta la fecha de calle del Fin de Rul.

zara el sable del dragón. En cuanto á éste, su mutilado cadáver yacía en tierra.

No llegaba á perderse de vista la destrozada columna de dragones, cuando apareció don Hermenegildo en la plazuela, de regreso de la huerta. Como un rayo se puso al lado de Narciso, y comprendió la situación, el peligro que habían corrido, y lo inmenso del servicio prestado por el niño, le alzó en brazos, estrechándole con efusión.

DEMETRIO MEJIA.



POR SU PATRIA Y POR SU DAMA.

I.

DON MANUEL VILLALONGIN.

Por los años de 1775 á 1780, nació este célebre insurgente, en la antigua Valladolid, Cabecera de la provincia de Michoacán, en el seno de una familia que disfrutaba buen concepto á la vez que algunas comodidades, y cuyo respetable jefe era Don Lino Villalongín, hombre de probidad y acendrado patriotismo.

La niñez y primera juventud de nuestro héroe están envueltas en la noche de los tiempos, y sólo se sabe que, ya en el vigor de la edad, y gozando fama de atrevido y diestro jinete, Villalongín se unió al señor Hidalgo cuando, á virtud de la desgraciada batalla de Aculco, volvió el egregio caudillo á Valladolid, en Noviembre de 1810. Acompañólo en su marcha á Guadalajara, donde, al ser reorganizado el Ejército Independiente, fué distinguido con el empleo de Mariscal de campo por el Generalísimo, quien conocía ya el valor temerario y la decisión incondicional que por la causa de la Independencia tenía Villalongín.

Este patriota, después de la catástrofe del Puente de Calderón, se internó á su provincia natal con una guerrilla formada de hombres activos y resueltos; y recorriendo con ella constantemente el territorio michoacano, distrajo de continuo la atención de las tropas realistas, que en vano le per-

seguían; habiendo sido innumerables las veces que el esforzado guerrillero, con golpes de audacia, derrotara al enemigo.

## II.

## UN HECHO HEROICO.

En Valladolid (hoy Morelia) se hizo memorable un hecho heroico, que ha pasado de padres á hijos con todos sus detalles, y el cual deseamos que, por ser verdadero, lo perpetúe la historia, y no lo lleven al libro de la leyenda sus mismas asombrosas proporciones.

Fungía de Comandante Militar de la ciudad el despótico y cruel Don Torcuato Trujillo, de tristísima recordación, y queriendo tomar venganza de los frecuentes descabros que los insurgentes causaban á las tropas realistas, mandó aprehender y poner en rigurosa prisión á las cónyuges de algunos de ellos, que vivían en este lugar, como sospechosas de conspiración.

Por supuesto que entre éstas se hallaba la esposa de Villalongín, Doña Josefa Huerta, contra quien, por ser su marido el jefe más odiado, se dictaron las medidas más severas respecto de su reclusión, y aun se le llegó á condenar á muerte á raíz de uno de los brillantes triunfos alcanzados por el valiente guerrillero sobre las fuerzas del Gobierno colonial.

Era el segundo día de capilla de la infeliz esposa, cuando, á los albores de la mañana, tras un ligero tiroteo habido en la Garita del Zapote, al Oriente de la ciudad, se escuchó el tropel de caballos que á galope tendido y persiguiendo al retén que había en dicha garita, penetraban por la calle Real de la ciudad hasta la Plaza de Armas. A ese retén se unieron algunos soldados de los de la guardia de la Casa de Recogidas, que estaba entonces en un sólido edificio de dos pisos, que existió contiguo á la Capilla de las Animas, y en el cual se encontraba presa la esposa de Villalongín.

Motivaba aquel alboroto el hecho de que el denodado insurgente, sabiendo el peligro

que á su cara consorte amenazaba, con treinta hombres de los más valientes de su guerrilla había sorprendido á la fuerza que guarnecía la Garita, y dejando en ese punto la mitad de su gente, y haciendo que la otra mitad penetrase con estrépito hasta el centro de la ciudad, él y su asistente, se detuvieron en la puerta de la Casa de reclusión, y, acometiendo á los soldados que aún quedaban allí, les hizo rendir las armas. Y mientras el bravo asistente guardaba la entrada, el audaz jefe, prendiendo con las espuelas á su arrogante caballo, subió con ligereza las escaleras de mampostería, hasta llegar al piso principal, donde se hallaba la reo de muerte.

Ella, al escuchar el tumulto, sale de la capilla y encuéntrase con los brazos de su esposo, que la estrechan y suben á la silla; descendiendo luego Villalongín las escaleras con aquella preciosa carga que había arrancado á la parca inexorable.

Paso á paso, y radiante de satisfacción, recorrió Villalongín la calzada que conduce á la Garita, seguido de su fiel asistente y de la escolta que, después de llegar á la plaza y sembrar el pánico en la población, regresaba también al punto de partida. Allí, confiando á su asistente el cuidado de la prófuga, tendió su gente sobre las lomas del Zapote, esperando, como era natural, la salida de la fuerza realista á perseguirlo.

## III.

## EL ATAQUE DEL ENEMIGO.

Así fué: cuando la sorpresa calmó, Trujillo hizo salir violentamente un escuadrón á batir al osado enemigo; pero éste, que se hallaba preparado y tenía un jefe en la extensión de la palabra temerario, tan luego como los realistas hicieron la primera y única descarga, se les echaron encima con tal brío, que les obligaron á voltear grupas y regresar á la ciudad, seguidos largo rato por los jinetes de Villalongín, quien les había ordenado que no usasen los machetes si no era para azotar las ancas de

los caballos del enemigo, pues, como todo valiente, era generoso y humanitario.

De esta manera concluyó aquella hazaña heroica, que hizo popular en toda la provincia de Michoacán al denodado guerrillero.

Muchos fueron todavía los rasgos de arrojo con que siguió ilustrando su breve, si bien gloriosa vida de soldado, aquel infatigable insurgente, al defender la noble y sagrada causa de la Patria. Pero en aquella época de prueba para los dignos hijos del generoso Hidalgo, estaba escrito que lloverían sobre ellos nuevas y tremendas desgracias.

A fines de 1814, hallábase ocupando á Puruándiro Villalongín, con un regular número de fuerza. Don Agustín de Iturbide, que había intentado varias veces sorprender—siempre sin éxito—al famoso guerrillero, combinó con el Teniente Coronel Castañón caer sobre aquella plaza en el momento en que fueran menos esperados.

#### IV.

##### TRAGICO FIN DEL HEROE.

En efecto, el primero de Noviembre de dicho año, fiesta de Todos Santos, que antiguamente con más pompa que hoy era solemnizada en todas partes, la fuerza insurgente se diseminó por la población, entregándose al paseo y á la alegría, después de que su jefe hubo recibido aviso de los exploradores, de que el enemigo se encontraba en Irapuato.

Serían como las cuatro de la tarde, cuando de improviso llegaron hasta el centro del pueblo dos columnas de dragones y atacaron el cuartel donde tenía su alojamiento aquella fuerza. La guardia resistió inútilmente el empuje de los asaltantes, quienes penetraron al edificio, que era la casa del Diezmo, y á pie y desarmado sorprendieron á Villalongín al salir de una peiza, y en la puerta del mismo cuartel, sin pérdida de tiempo, lo arcabucearon.

Tal fué el trágico fin del hombre que en

pocos años conquistó la fama de temerario y la gloria de patriota.

Su cadáver fué sepultado al siguiente día en el último tramo de la iglesia parroquial del lugar, en donde acaso todavía existan los restos, que el Gobierno debería apresurarse á recoger, para que reposen junto á los de los otros héroes de la Independencia.

Puruándiro ha dado á la calle en que se consumó la ejecución del mártir, el nombre de Villalongín, y la capital de Michoacán ha honrado también la memoria del mismo héroe, haciendo que lleve su apellido uno de los más hermosos jardines de la ciudad, construido precisamente en el sitio que ocupó la cárcel de donde aquél extrajo con audacia inverosímil á su aprisionada esposa, para librarla del cadalso.